

caso de reconocerse con aptitud. Si por este lado se pudiere hacer fortuna, ni buscarla, ni resistirla; y esto especialmente, porque se interesa mucho el público en que se coloquen en los empleos hombres bien intencionados. Pero suponiendo que la doctrina, que damos en este capítulo, no es para hombres tan moderados, antes para aquellos que adolecen algo de el achaque de ambiciosos, y que estos no quieren leer documentos morales, sino políticos, prosigamos en el paralelo de los dos rumbos, por donde se puede hacer fortuna, ó manejar la que ya se posee.

17 Todo quanto puede desearse con racionalidad, se puede conseguir sin dispendio de el honor. Una índole despejada, acompañada de perspicacia, y cordura, siempre halla camino por donde arribar al término que pretende, sin torcer de la rectitud de lo honesto ácia el rodeo de lo doloso. El ser fiel en la amistad, sincero en el trato, tan lejos está de perjudicar, que ayuda mucho; porque con esas partidas se gana la confianza, y el cariño de quien puede darle la mano, ó servirle de instrumento. El desinterés, y el amor de la justicia negocian el amor de muchos, y la veneracion de todos. Franquear con modesta osadía el corazón en todas aquellas materias, que no fian á su custodia, ó el dictamen de la prudencia, ó la ley de el sigilo, tiene, respecto de los sugetos con quienes se trata, un atractivo muy poderoso. Aunque esto tal vez ocasione á este, ó á aquel, que es de opuesto dictamen, algun disgusto, se recompensa con grandes ventajas con el concepto que imprime de un pecho noble, y sincero. El disgusto pasa, y el concepto queda. De hecho estas almas transparentes, quando á la claridad de el genio se agrega la de el discurso, son las que sin fatiga suben á la mayor altura. El teatro de la naturaleza apunta en esta parte lo que pasa en el teatro de la fortuna. Los cuerpos diáfanos, y brillantes son los que ocupan lugar mas elevado en la estructura de el Orbe. Los sombríos, opacos, y oscuros, el mas humilde.

18 El que se halla asistido de una prudencia pronta, de una intencion recta, de una lealtad constante, con las de-

más dotes que hemos señalado, no ha menester estar pensando siempre en los medios con que puede mejorar sus cosas. Apeles, que en todo lo demas celebraba al famoso Pintor Protógenes, le ponía el defecto de que no acertaba á levantar la mano de la tabla: lo que muestra, dice Plinio, que muchas veces la nimia diligencia daña: *Documento memorabili nocere sæpè nimiam diligentiam*. Como se hallé nuestro Político en teatro, donde se vean sus prendas, sin pensar en ello, se le vendrán á la mano las oportunidades. Puede ser que llegue á emparejar con él en el ascenso el pretendiente torcido, y oficioso; pero será á costa de mucho mayor trabajo. A la misma eminencia donde se anida la generosa águila, puede arribar la astuta culebra. Pero con cuánta fatiga! No hay figura mas propia de un político baxo. El movimiento ladeado, y obliquo con que camina, señala el dolo con que procede: el pecho pegado á la tierra, la adherencia al interes propio: el cuerpo con varias inflexiones doblado, el ánimo torcido, y el veneno que esconde, la mala intencion que oculta. ¡O sabandija! Quánto te cuesta mejorar de puesto, solo porque eres sabandija! Entretanto la águila, con descansado vuelo, se suele poner en la cima del Olympo.

§. VI.

19 **N**O es esta la mayor desigualdad que hay. La mas señalada consiste en la diferente seguridad de una, y otra fortuna. El político torcido, así mientras busca la dicha, como despues que la consigue, está sumamente arriesgado. Es imposible, ó casi imposible, que no se descubran sus marañas, quando le acechan tantos émulos. Y descubiertas, como ese es el cimiento de toda la fábrica, no tarda un instante la ruina. Es muy difícil (dice el P. Famiano Estrada) dexar de caer luego, el que estribando en suelo resvaladizo, es impelido de el movimiento de otros muchos: *Difficile est in lubrico stare diu, quem plures impellunt*. Este es el estado de un político doloso. Camina por una senda muy resvaladiza, y que está toda sobre fal-

so. Los que trabajan por derribarle, son todos aquellos, que, ó envidian su fortuna, ó aborrecen su malicia: que es lo mismo que decir, que tiene por enemigos á los malos, y á los buenos. ¿Cómo puede mantenerse mucho tiempo? Caerá sin duda. Y lo comun es hacerse pedazos en la caída, que es lo que cantó con energía Claudiano.

.....*Jam non ad culmina rerum*

Injustos crevisse quæror: tolluntur in altum

Ut lapsu graviore ruant.....

20 El político recto nada se arriesga en el camino, y tiene poco que temer en el término. Quanto mas descubran sus fondos está mas seguro. Tiene menos enemigos que el otro: porque solo pueden serlo los malos. En caso que le derriben, no es precipicio violento, sino caída blanda. Su inocencia, por lo menos, le asegura la vida, y lo mas que le puede suceder, es reducirse á su antiguo estado. Lo comun es, que ni eso logran los mal intencionados: y vienen á herir en ellos por reflexión todos sus tiros, ocasionando tal vez mayor gloria al acusado. A cuyo propósito me ocurre la Historia de un político recto (aunque infiel en quanto á la Religión) que trahe Tabernier en sus Viages; y por ser reciente, y dulce, referiré aquí brevemente.

21 Mahomet Alibeg, Mayordomo mayor de el Rey de Persia, al principio de el siglo pasado subió á tan elevado puesto desde el humilde estado de pobre pastorcillo. Un dia que aquel Rey andaba á caza, le encontró tañendo la flauta, y guardando cabras en el monte. Por diversion le hizo algunas preguntas; y prendado de la vivacidad, y agudeza con que respondió el niño, se le llevó consigo á Palacio: donde habiendo mandado instruirle, la rectitud de su corazon, y claridad de su ingenio ganaron la inclinacion de el Rey, de modo, que elevándole prontamente de cargo en cargo, vino á colocarle en el que ya diximos de Mayordomo mayor. Su integridad inflexible al atractivo de los presentes (cosa muy rara entre los Mahometanos) concitaron contra él poderosos enemigos; pero sin atreverse á intentar hostilidad alguna, por verle tan dueño de el

ánimo de el Soberano: hasta que muerto este, y entrando el sucesor, que era joven, le sugirieron que Mahomet habia usurpado al Erario Real grandes tesoros. Ordenóle el Príncipe, que dentro de quince dias diese cuentas. A que Mahomet intrépido respondió que no era menester esa dilacion; y que si su Magestad fuese servido de ir inmediatamente con él á casa de el Tesorero, allí se las daría. Fue el Rey, seguido de los acusadores: pero se halló todo en tan bello orden, y con tanta exáctitud ajustada la cuenta de los caudales en los libros, que nadie tuvo que decir. De allí se pasó á la casa de el mismo Mahomet, donde el Rey admiró la moderacion que habia en alhajas, y adornos. Pero observando uno de los enemigos de el Valido la puerta de un quarto cerrada, y guarnecida con tres cadenas fuertes, se lo advirtió al Rey, el qual le preguntó qué tenia cerrado en aquel quarto? Señor (respondió Mahomet), aquí guardo lo que es mio. Todo lo que hasta ahora se ha visto, es de V. Magestad. Diciendo esto, abrió la puerta: entró el Rey en el quarto, y volviendo á todas partes los ojos, no vió otra cosa sino las alhajas siguientes, pendiente cada una de un clavo en las paredes: Una zamarra, una alforja, un cayado pastoril, y una flauta. Atónito las miraba el Rey, quando poniéndose de rodillas delante de él Mahomet, le dixo: Señor, este es el hábito, y estos los bienes que yo tenia, quando el Padre de V. Magestad me traxo á la Corte. Esto es lo que entonces tenia, y esto lo que ahora tengo. Solo esto conozco por mio. Y pues lo es, suplico con el mayor rendimiento á V. Magestad me permita gozarlo, volviéndome al monte, de donde me extraxo mi fortuna. Aquí, no pudiendo contener el Rey las lágrimas, le echó los brazos al generoso Valido; y no contento con esta demonstracion, despojándose prontamente de sus Reales hábitos, se los hizo vestir á Mahomet: lo que en Persia se estima por la suprema honra que el Rey puede hacer á un Vasallo. De este suceso resultó, que Mahomet logró despues constantes la confianza, y cariño de el Príncipe toda su vida. ¿Qué lás-

tima que este desinterés, esta elevación de ánimo, esta rectitud, esta moderación, estuviesen depositadas en un infiel!

§. VII.

22 **E**L escollo común que ocurre á los políticos rectos, es la dificultad de tratar con verdad, y desengaño á los poderosos. La adulación es una puerta muy ancha para el favor; pero ningún ánimo noble puede entrar por ella, porque es muy baxa. A todos oygo decir que aborrecen á los aduladores; y no sé si he visto alguno que no los ame. Esto consiste, en que cada uno regula el valor de sus prendas mas allá del precio justo: y como el dicho de el adulador empareja con su concepto, no le tiene por adulador, sino por un hombre de talento, que hace juicio cabal de las cosas. Mas si fuere tan cuerdo, que no se tenga en mas de lo que es, ó tan humilde, que se tenga en menos, no por eso dexa el adulador de hacer su negocio. Entonces el adulado atribuye el exceso de su opinión á exceso de cariño; porque todo lo que se mira con el microscopio de el amor, engrandece mucho su representación en la idea; y en ese caso, aunque no le cree el aplauso, le estima el afecto. Con que viene á ser la adulación una red universal, donde cae todo género de peces.

23 Es, pues, este un medio, manejado con arte (que tambien hay aduladores fastidiosos), bastantemente seguro para negociar; pero vilísimo. Y así, ni se ha de echar mano de él, ni faltar jamas á la verdad. ¡O, que la verdad es desabrida! No importa. Condimentos tiene la prudencia para sazónarla. Y como se use de ellos, es verdad que tardará mas tiempo en insinuarse el político recto en el ánimo de el poderoso, que el sórdido lisonjero; pero al fin logrará mas sólida, y mas alta estimación. Lo primero, debe proferir su dictamen sin aspereza, y no hacerlo sino quando es preciso. La rigidez de el desengaño se ha de ablandar con la suavidad de el respeto. Sirvan de vehiculos la reverencia, y la dulzura, para hacer bien admitida la propuesta. Ni esta se debe hacer, sino quando decorosamente

mente no puede escusarse de decir su sentir. Estas partidas celebraba el Rey Teodorico en un favorecido suyo: *Sub genii nostri luce intrepidus quidem; sed revertentèr adstabat, opportunè tacitus necessariè copiosus* (a). Si la materia permite elegir tiempos, búsquense aquellos en que el genio de el poderoso está mas bien templado para recibir los desengaños, encomendando este cuidado á la discreción, que es la que entiende esta materia.

Sola viri molles aditus, & tempora noras.

24 Lo segundo, nunca se defienda con protervia el propio dictamen contra la opinión de el poderoso; porque esto nunca puede ser sin ofensa. Discretamente respondió el Filósofo Favorino á algunos que le culpaban de haber cedido en una disputa al Emperador Adriano, diciendo que era justo ceder á un hombre que mandaba treinta Legiones.

25 Lo tercero, se puede endulzar lo amargo de la veracidad con una especie de adulación, que consiste, no en palabras, sino en obras. Este nombre doy al culto, al obsequio, á la sumisión, á la oficiosidad; y hacen un notable efecto, para que sea bien escuchado el aviso: por quanto muestran que el desengaño nace de una sinceridad generosa, no de un orgullo protervo. Entiéndese que el rendimiento no degenera en abyección de ánimo: y estaba para decir, que respecto de los Superiores, siempre vá la sumisión defendida de ese riesgo. Habiéndole negado Dionysio, Tyrano de Sicilia, una demanda á Aristipo de Cirene, se postró este á sus pies, y consiguió lo que pretendía. Reprehendieron algunos aquella acción, como indigna de la gravedad de un Filósofo. A que respondió Aristipo: El que quisiere ser oído de Dionysio, ha de poner la boca á sus pies, porque tiene en ellos las orejas. El dicho es gracioso; la sumisión no sé si fue excesiva.

26 Usando de dichas precauciones, vuelvo á asegurar, que ascenderá el político recto á mucho mas alto grado en

(a) *Casiod. lib. 5. Epist. 3.*

en la estimacion de el poderoso , que el perene contemplativo. En llegando á persuadir de su candor á quien ya comprehendió su habilidad , está seguro. Tal vez por su integridad padecerá algun desvio ; y al mismo tiempo estará gozando la confianza. Como le sucedió al Duque de Alba con Felipe II , quando le envió á la Conquista de Portugal , que le hizo el Rey el desayre de no admitir su visita , y al mismo tiempo le estaba fiando una empresa de tanta monta. Al contrario el adulador ; aunque en la conversacion , y trato comun será siempre gracioso , no por eso , si el Superior es algo advertido , le entrará muy adentro. Son muchos los que usan de los aduladores , como los fabricitantes de la agua , quando les es nociva , que se enjuagan con ella , pero no la tragan. Generalmente hablando (y esta para mí es conclusion infalible) en igualdad de talentos , el hombre de bien , cándido , leal , agradecido , amante de la equidad , y justicia , hará mayor fortuna , y mas segura , que el que el estuviere desnudo de estas qualidades , ó tuviere las opuestas.

§. VIII.

27 **P**ero aquí me atraviesan por objecion la experiencia comun. No se ve otra cosa en el mundo , sino perversos exáltados , y virtuosos abatidos ; la lisonja , y el engaño dominando ; la verdad , y el candor gimiendo. Respondo lo primero , que todo eso mas es voz de la envidia , que observacion de la experiencia. Confieso que se oyen esas quejas á cada paso. ¿ Pero quién las articula ? No los que ocupan los puestos , pues no hablarian contra sí propios. Tampoco los virtuosos desatendidos , pues esos no andan fatigando al mundo con quejidos , ni mordiendo en la fama á los poderosos , ni haciéndose á sí propios la merced de ser ellos solos los beneméritos. ¿ Pues quiénes ? Solo los inhábiles , y malos , que se ven despreciados. Aquellos , que ya por su ineptitud , ya por su mal proceder , se hacen indignos de toda atencion , aquellos acusan la iniquidad de la fortuna. Y como son tantos , y todos mal acondi-

dicionados , hacen tanto ruido con sus quejas , que las voces que salen de su dañado pecho , parecen clamores de todo el mundo. Añádese á esto , que como ningun hombre , que llega á lograr algun poder , puede hacer bien á todos los que mira en fortuna inferior , sino á pocos , todos aquellos á quienes no alcanza su beneficencia , consideran injusta la distributiva : parecidos á los Cafres , que solo adoran á Dios quando les da buen tiempo , y se irritan contra él quando les falta. Los mismos favorecidos , porque no lo son tanto como quisieran , suelen estar quejosos. Lo que yo por mi experiencia puedo asegurar , es , que habiendo tratado á algunos de estos , que fueron artífices de su fortuna , los experimenté , sin comparacion , mejores que los pintaba la opinion comun.

28 Respondo lo segundo , que aun quando fuese verdad que son pocos los virtuosos afortunados , nada se prueba de ahí contra lo que llevamos dicho. Si son pocos los que por el camino de la virtud hacen fortuna , dependerá de que son pocos los que buscan la fortuna por ese camino. ¿ Cómo han de llegar muchos al término , siendo pocos los que se ponen á la carrera ? De los verdaderos virtuosos , ó santos , es cierto que ninguno solicita ascensos. Estos son como los Astros , que ninguno pretende subir de aquella esfera , en que Dios le pone , á otra superior. Los de virtud no tan sólida , que son de quienes vamos hablando , acompañados de las prendas que hemos dicho , en todas las Repúblicas son pocos ; pero esos pocos , si se aplican , aseguraré que todos negocian. Muéstreseme un hombre solo de índole excelsa , de entendimiento claro , de intencion recta , de corazon constante , urbano , fiel , veraz , y piadoso , que no haya mejorado mucho su fortuna , si la buscó con diligencia. A muchos de estos (digo muchos respectivamente á su número) la fortuna los busca , aun quando ellos la desdeñan. Interésanse mucho en su elevacion los mismos que les dan la mano. Y si acaso me mostraren algunos de estos abatidos , por cada uno de ellos señalaré yo ciento de los políticos torcidos , á quienes reduxeron á po-

